

---

## GUIA PARA LA ORACIÓN

---

*Comprenderemos a Cristo en la medida en que comprendamos el pecado* (R. Guardini).

El Principio y Fundamento nos ha hecho conscientes de nuestra situación. Nos ha colocado en nuestro verdadero puesto. No hay otro posible. Criaturas de Dios que vienen de Dios y a Dios se encaminan. Dios, principio y fin, origen y destino de nuestra existencia.

Pues bien, todos estos lazos de conexión con Dios Padre que tienen las criaturas, pueden ser hechos trizas por las criaturas mismas. Y éste es el drama. Se rompe el pacto existencial por parte del ser creado, no del Creador.

*El pecado es querer separarse de Dios, fuente de vida* (Pablo VI). Misión imposible. La humanidad, cerrilmente empeñada en separarse de esa fuente original, peregrina en este éxodo hacia la casa de un Padre que se empeña a su vez en dar oportunidades a los hombres, para que no encuentren cerradas esas puertas de la patria definitiva.

Sentirse pecador, en la mentalidad de los Ejercicios es sentirse perdonado y amado. Me ama tanto que me deja libertad de ofenderle porque la libertad que me da es reflejo de su amor hacia mí. Si no existiera el infierno, el cielo sería un campo de concentración forzosa. Puedo no amar a mi Padre Dios, pero él me ama, siempre me ama. La historia de toda la humanidad pecadora es una historia de los pecados de las criaturas contra el amor de Dios manifestado en su obra creada. Todos los innumerables pecados de la humanidad, los que se han hecho, los que se hacen y los que se harán, forman una historia de pecados contra el amor. Pecados de amor no existen. Todos son un ataque frontal contra el amor: materialismo, consumismo, hedonismo, libertinaje, opresión, injusticia, son facetas del egoísmo, la curvatura o repliegue sobre sí mismo, sin puertas ni ventanas, sin más aspiraciones ni contemplaciones. No hay horizontes. Un infierno anticipado. La escuela del anti-amor. El imperio y reinado del desamor.

## TEXTOS PARA LA ORACIÓN

1. Gn 3,1-24 El hombre rompe con Dios.
2. 2Sm 12, 1-15 Tú eres ese hombre.
3. Is 5,1-8 Mi amigo tenia una viña... Qué más puedo hacer por ti.

---

## LA GRACIA DE AVERGONZARSE

---

Después del Principio y Fundamento [EE 23] donde el ejercitante ha experimentado, asombrado, el amor incondicional de Dios, le lleva Ignacio a otro asombro: *Dios Padre me sigue amando aun a pesar de mis pecados*. El amor incondicional se manifiesta y se experimenta desde la creación y desde la salvación. Si el hombre es un ser dependiente de Dios y se realiza dentro de esa dependencia, el pecado será la ruptura de esa dependencia, la autonomía respecto de Dios con sus consecuencias. El pecado expresará esta situación de ruptura filial con Dios Padre. El hombre se entiende en cuanto que es relación a Dios Padre, a los hombres, a sí mismo, a las cosas. Todo lo que el hombre hace, para bien o para mal, afecta a estas relaciones. El pecado será ir en contra del proyecto de Dios Padre, que abarca al hombre, a las cosas, al mundo y sus relaciones. El hombre, desde su libertad, opta por otro proyecto, o por su propio proyecto, en contra del de Dios.

San Ignacio que ya desde el primer ejercicio de la Primera Semana [EE 45-53] trata de cristianizar el querer y el desear, nos invita a pedir, porque ha de ser fruto de la gracia: *Demandar lo que quiero y deseo... Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo... por mis tantos pecados* [EE 48, 1.4-5]. Desde el Principio y Fundamento el ejercitante es invitado a vivir desde el amor en todas sus relaciones: con Dios Padre, con las personas, con las cosas como único camino de crecer humanamente y de ser feliz. En la medida que amamos nos desarrollamos como personas, en la medida en que vamos contra el amor, vamos también contra nuestro crecimiento y felicidad. Por eso decimos que junto al amor está el desamor. Y es así como llamamos preferentemente al pecado: porque no hay más mandamiento que el amor ni más pecado que el desamor. Nuestro deseo en la oración de este primer ejercicio es: tomar conciencia de mis desamores y tomar, también, honda conciencia de lo que es el amor incondicional. Esto es, también, algo muy humano: solamente cuando he caído en el desamor y en el desmerecimiento es cuando se me manifiesta, de veras, y se me da la experiencia real del amor incondicional. “Hace falta” ese mal para que se me revele, con viveza, el precioso bien del amor incondicional.

*Una de las facetas de nuestro Principio y Fundamento era el amor gratuito o incondicional. La oración en torno al pecado completa nuestro fundamento al hacernos ahondar en la experiencia de lo incondicional. Cuando uno descubre y experimenta que Dios Padre le quiere no porque sea bueno o malo sino porque es, descubre lo incondicional de Dios. La cruz es el gran signo del amor incondicional de Dios al hombre: morir por mis pecados [EE 53,1], (1Cor 15,1-4). Por eso, esta oración sólo la pueden hacer personas que se saben salvadas por Jesucristo, desde el amor de Jesús Salvador. De otro modo puede resultar perjudicial, porque se sumergen más aún en su tristeza. Estas oraciones son nocivas si no acrecientan en nosotros el conocimiento y el amor de Jesucristo (Laplace). Pero si, bien enfocadas, lo acrecientan, son valiosísimas. ¡Pedro, después de sus negaciones, conoció mucho mejor quién era Jesús! Por otra parte, el pecado y el amor se revelan mutuamente. El amor nos revela el pecado: sólo cuando se tiene amor se cae en la cuenta de lo que significan los desamores. Y el pecado nos revela el amor: nos da la “ocasión privilegiada”, como decimos más arriba, de sentir vitalmente lo que es el amor incondicional. Por eso la exclamación de “¡oh felix culpa!” del Pregón Pascual.*

A medida que va avanzando la Revelación en la Biblia, el pecado se nos expresa no como ruptura de la ley, sino como violación de relaciones personales, como negativa del hombre a dejarse amar por un Dios que “sufre” de no ser amado, a quien el amor ha hecho, por así decirlo, “vulnerable”: misterio de un amor que sólo hallará su explicación en el Nuevo Testamento. *¿Qué significa que el pecado es ofensa a Dios?* La única manera posible de ofender a Dios es que el hombre obre contra su propio bien (Santo Tomás de Aquino). *Así es el Infinito a quien nunca podré hacer daño. Y así es todo amor verdadero, que lo único que siente es que yo me haga daño.*

*Lo que San Ignacio busca con las oraciones en torno al pecado es que te sientas pecador querido y salvado por Jesucristo. O lo que es lo mismo, “la gracia de una experiencia emocionada del amor incondicional”. Por eso pides la gracia de avergonzarse, la gracia de una vergüenza emocionada. Eso es la vergüenza en cuanto gracia.*

---

## LA GRACIA DE LAS LÁGRIMAS

---

San Ignacio sigue ahondando en el misterio del pecado. Si en el ejercicio anterior hablábamos de esa experiencia emocionada del amor incondicional, es decir, de esa vergüenza emocionada, en cuanto gracia, ahora te invita a ahondar en tu afectividad: llorar tus propios pecados. La petición de este segundo ejercicio sobre el pecado así lo expresa: *Demandar lo que quiero. Será aquí pedir crecido e intenso dolor y lágrimas por mis pecados* [EE 55,4].

Con frecuencia hemos entendido el llorar como signo de debilidad, de falta de control personal, de inmadurez... Las lágrimas que pide San Ignacio nada tienen que ver con esto. Son lágrimas que nacen del amor. Cuando uno ahonda en el misterio del amor incondicional de Dios y los desamores en nuestra propia vida, se conmueve y llora. Son lágrimas por no haber correspondido a aquél que me quiere gratuita e incondicionalmente, son lágrimas de amor. Sólo llora el que ama de verdad. Es más, las lágrimas pueden indicar el termómetro del amor.

*Te recordamos el deseo de San Ignacio con las oraciones en torno al pecado: sentirte querido y salvado por Jesucristo. O también: la gracia de una experiencia emocionada del amor incondicional. Ahora, en esta oración, pides “la gracia de las lágrimas”. ¿Qué significan las lágrimas? Hay lágrimas negativas, que no son gracia: por rabia, frustración, desengaño, o por los desgarros de la vida, esto último inevitable y comprensible, pero tampoco es situación de gracia. Y hay lágrimas positivas y reconstructoras por dentro: son la expresión o sugerencia del ablandamiento profundo y entrañable del corazón. Decimos expresión, es decir, que ese ablandamiento se puede expresar en un brotar de lágrimas. O bien puede ser que no broten lágrimas externas, que de ningún modo debes forzar. Entonces llamamos lágrimas al ablandamiento de tu espíritu.*

*¿De dónde brotan esas lágrimas?: de la experiencia y el encuentro vivo con el amor incondicional no merecido. Y eso me emociona hasta hacerme llorar. Eso sí es situación de gracia, y es, también, algo enormemente humano. Recordar las lágrimas de Pedro (Lc 22,62) y de la prostituta a los pies de Jesús (Lc 7,38), que diremos más adelante. Las lágrimas son así la expresión o sugerencia del dolor de contrición, que es amor de contrición: lágrimas de dolor o de alegría. Y son enteramente diferentes de las culpabilidades mordientes. Las culpabilidades brotan de mirarse uno a sí mismo, y conducen a quedarse amargamente consigo mismo. Las culpabilidades no son nunca conversivas.*

*Al contrario, la contrición es una experiencia de Dios, y brota de mirar al Señor y conduce al encuentro emocionado con él. Por eso, la contrición cristiana nunca es neurótica, sí lo son, en mayor o menor grado, los sentimientos psicológicos de culpabilidad. La contrición es un “agridulce” de dolor y de gozo en el encuentro reconstructor con el Señor. No interesa disculparte porque no te apoyas en tu propia justicia, sino en “la fe en Jesucristo” que te compromete, más que nada, desde el amor. Correré por el camino de tus mandatos, cuando me ensanches el corazón (Sal 119,32).*

---

### **ANEXO: REGLAS DE DISCERNIMIENTO DE LA PRIMERA SEMANA [EE 313-327]**

---

San Ignacio da por supuesto y por bueno, que *el que recibe ejercicios*, encontrará en su camino mociones espirituales diversas, es decir, no sólo distintas, sino incluso opuestas. Por **mociones** se

*entiende los movimientos afectivo-sensibles, como pueden ser la alegría, la tristeza, la esperanza o la desesperanza, luces, sombras, consolación y desolación.* Más aún, la inexistencia absoluta y constante de estas mociones podrían reflejar infidelidad o negligencia en la práctica de los Ejercicios [EE 6]. Estas mociones diversas tienen su fuente en dos espíritus diametralmente opuestos, concretos y personales, llamados por San Ignacio buen y mal espíritu [EE 32,3], Dios y el maligno, por decirlo con el lenguaje de la Biblia y de la tradición cristiana. Y ya de entrada, el santo presenta al ejercitante la actitud a tomar: recibir las buenas mociones y lanzar las malas [EE 313]. Como maestro eximio y director de almas, para salir airoso de esta variopinta gama de mociones, le propone catorce reglas de orden eminentemente práctico, que habilitarán y capacitarán al sujeto de los Ejercicios, ya desde la Primera Semana, a seguir el estilo de Jesús, llevado por el buen espíritu al desierto y tentado por el malo (Mt 4,1). Dando una visión general de estas catorce reglas, las suelen clasificar los especialistas en cuatro bloques:

[EE 313-317]. En estas reglas San Ignacio se fija en el sujeto al que van dirigidas, el hombre de los Ejercicios, la persona concreta, con la cual los dos espíritus actúan con estrategia opuesta, según las disposiciones de la persona en cuestión [EE 314-315]. Hace el santo una descripción profunda y rica de lo que entiende por consolación espiritual, con infinita y preciosa variedad de consuelos, aumento de virtudes, especialmente del amor de Dios [EE 316]. Finalmente, describe San Ignacio la desolación espiritual o estado en que el mal espíritu deja al alma con sus mociones, concretadas en la inquietud y zozobra espiritual en diversos grados y matices [EE 317].

[EE 318-322]. Este grupo de reglas son un compendio práctico sobre el comportamiento a seguir en tiempo de desolación, comenzando por la regla de oro que ha pasado a la historia de la ascética: *en tiempo de desolación no hacer mudanza* [EE 318,1]. Es tiempo de crisis y desfallecimiento, y este estado no autoriza a tomar decisiones o propósitos en la vida, sino resistir y atacar [EE 319], pensando además que todo es obra de Dios y está junto al sufriente de esta situación [EE 320], armándose de paciencia, sabiendo que este tiempo es transitorio y vendrá de nuevo la consolación [EE 321]. Se muestra pedagogo exquisito con el que hace la experiencia, dándole a conocer las causas de estas desolaciones, para que no caiga en la fatalidad o en sentirse como una barquilla a merced de los movimientos del mar. Estas causas principales, no únicas, proceden o de Dios o de nosotros mismos [EE 322].

[EE 323-324]. Hacen referencia a la conducta a seguir en tiempo de consolación, llenas de sensatez y prudencia. Este tiempo consolador y luminoso nos debe preparar para cuando llegue la noche y la tiniebla, que vendrá [EE 323]. Armarse de humildad y de valor confiando en la gracia de Dios son dos actitudes a adquirir [EE 324].

[EE 325-327]. Es un cuadro rebosante de realismo y viveza donde aparecen las tácticas del enemigo cuando pretende apoderarse de las almas. Tienen un marcado tinte literario y pintoresco, eco posiblemente de sus lecturas caballerescas, de su vida militar y cortesana como señala I. Casanovas. Ignacio, como acostumbraba a hacer en su vida de combatiente, no se coloca jamás a la defensiva ante el enemigo, sino que le ataca con vigor y bravura con las armas de la oración y de la vigilancia, estudiando sus posiciones y estratagemas [EE 325], descubriendo su falta de nobleza, cobardías solapadas y sus engaños alambicados [EE 326]. Un enemigo que busca el momento propicio y el lugar más débil para asaltarnos y hacernos presa de sus artimañas y maniobras [EE 327].